

Alejandro Lerroux y la demagogia, populista

Nos encontramos ante un libro de una densidad considerable. Álvarez Junco nos presenta (*El emperador del paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza editorial, 1990), no la biografía completa de una personalidad política, sino el cuadro sugestivo de un fenómeno: el populismo, que tuvo serias repercusiones en la Barcelona de principios de siglo, a través, eso sí, de uno de sus más genuinos representantes: Alejandro Lerroux.

Para empezar no parece una osadía en los tiempos actuales llevar a cabo un trabajo de tal envergadura. Y además utilizando un género que en España no ha tenido nunca numerosos seguidores: la biografía política. Esto último quizá tenga una explicación, por demás sencilla: requiere un considerable esfuerzo de documentación, muy dispersa en la mayor parte de los casos, con resultados que en general no responden a las expectativas puestas en la investigación.

En el caso concreto que nos ocupa, los resultados obtenidos superan el mero ámbito de la vida del famoso líder político, para extenderse insensiblemente a la vida de un pueblo que inexplicablemente siguió ciegamente a un hombre, cuyas cualidades más destacadas eran el engaño, la falsedad y la mentira, pero sobre todo la corrupción.

Porque relatar la vida de alguien supone dibujar también el tipo de sociedad en la que le tocó vivir, no duda Álvarez Junco en recrear, con gran rigor, el agitado mundo periodístico madrileño de finales de siglo. En él tuvo Lerroux que hacer sus primeras armas y no sólo con la pluma; sino también con el sable o la pistola, pues los duelos en los cuales una de las dos partes — a menudo ambos contendientes — era un periodista, menudeaban. Era, pues, una de las tareas inherentes a la profesión, sobre todo si se quería hacer algún tipo de carrera. Y no cabe ninguna duda que Lerroux pretendía hacerla, sobre todo después de su fracaso en la carrera militar.

Era igualmente necesario trazar, aunque fuera a grandes rasgos, la historia del republicanismo español del último tercio del siglo pasado, con sus numerosos intentos, siempre fracasados, de pronunciamiento con el fin de instaurar la república. La militancia política del Lerroux de los primeros años se desarrolló en el importante periódico republicano “El País”, del que llegó a ser su director. Esto le confirió un prestigio que más tarde aprovecharía en su propio beneficio.

Su campaña a favor de las víctimas de Montjuic — desde “El Progreso”, periódico por él fundado después de su salida de “El País” — acabó de redondear un prestigio — mucho más masivo esta vez — que a él mismo sorprendió.

Estas eran las premisas básicas que debían cumplirse para llegar a convertirse en un agitador de masas en la Barcelona de principios de siglo, a la que llega por casualidad y en la que descubre sorprendido las inmensas posibilidades que se le presentaban. Se convirtió en la bestia negra del catalanismo, llegando a ser acusado de estar pagado por el gobierno para combatirlo (pp. 334 y sgs.). Pero, en todo caso, sería una falsa cuestión — como afirma Culla — ya que eso, aún siendo cierto, no explicaría por sí solo el tremendo éxito del lerroxismo.

Para entender el fenómeno del populismo lerroxista es necesario profundizar en la situación político-social de la Barcelona de principios de siglo. Pues, «en contra de lo que podría suponer quien partiese de una concepción excesivamente racionalista de las luchas políticas, sedujo a Barcelona» (p. 232). Para Álvarez Junco las estrategias del discurso demagógico de Lerroux podrían ser agrupadas en tres grandes categorías: espectacularidad, subjetivación y trascendentalización. Es decir, un uso particular del discurso político, ya que éste

tiene poco que ver con el científico. El científico parte de unas hipótesis sobre el funcionamiento del mundo externo y plantea, a lo largo de un desarrollo lógico coherente, nuevas cuestiones para ofrecer, en los casos más audaces, posibles respuestas. El político, en cambio, no podría existir sin las respuestas, pues lo que busca no es conocer, sino tranquilizar, aportar seguridad a una colectividad humana y ganarse, de esa manera, el derecho a conducirla. Si a algo se aproxima, desde este punto de vista, es a la religión, y no a la ciencia (p. 233).

La pregunta fundamental salta de inmediato al centro de la escena. Entonces, ¿cuál o cuáles fueron las razones del éxito de Lerroux? El autor se esfuerza durante un número considerable de páginas en analizar la coyuntura, desmenuzando el desarrollo histórico del catalanismo y el estado de las fuerzas republicanas u obreras en aquella Barcelona — la Perla Negra del Mediterráneo, llamada por los republicanos, La Rosa de Fuego — que parecía postrada, dejando

sentir la falta de otra fuerza regeneradora y modernizadora, sobre bases doctrinales más democráticas y bases sociales más populares. El ambiente estaba listo para el surgimiento de un lerroxismo, incluso si no hubiera existido el personaje concreto (p. 347).

Nosotros, fieles a una concepción más bien romántica de la historia, nos inclinamos a creer que, en la complejidad de las causas que propiciaron la implantación del populismo lerrouxista, destaca sobre ellas la desorganización del movimiento obrero con una tradición anarquista muy reciente, pero que había sido desarticulado por la represión que siguió al atentado de la calle de Cambios Nuevos de 1896 y que dio lugar a los tristemente célebres procesos de Montjuic. El desafortunado intento de creación de una organización amplia, heredera hasta en sus más mínimos detalles de la I Internacional — la Federación de Sociedades Obreras de Resistencia de la Región Española — iniciado en 1900, vino a generar, en un primer momento, aún más confusión entre el elemento obrero barcelonés, con un bagaje cultural muy escaso. Esta circunstancia fue la que hizo que Lerroux se encontrase con una cantera semielaborada y fácilmente manipulable. Habría que esperar al surgimiento en 1907 de Solidaridad Obrera — sobre bases ya mucho más modernas — para que la estrella de Lerroux comenzase a declinar.

No sé quién dijo, ni siquiera si alguien lo dijo, que en todo historiador se esconde un literato frustrado. Quizá no sea éste el caso de Álvarez Junco, pero lo cierto es que ha intentado también guardar un equilibrio entre la frialdad de los datos históricos, estadísticos o de cualquier otra naturaleza, y la tensión de un relato de acción. El mismo lo justifica:

Hay en estas páginas un propósito consciente de no abandonar viejas técnicas y pretensiones literarias que me parecían injustamente despreciadas por el árido estructuralismo del historiador “social”

y llama para ello en su ayuda a prestigiosos historiadores o sociólogos. Creo que no hacía ninguna falta; el resultado se justificaba a sí mismo. Además soy de la opinión de que la historia debe ser una obra de arte, apoyada en sólidos cimientos científicos.

El libro se completa con una cuidada bibliografía, índice de nombres y temático. Y algo que no puede faltar en un libro de historia que se precia: la ilustración, que ayuda a la imaginación en su esfuerzo por captar alguno de los aspectos del pasado.

Francisco Madrid

Barcellona modernista

Ben noto al pubblico italiano, Robert Hughes, critico d'arte di “Time”, si cimenta in Barcelona (London, Harvill / Harper Collins, 1992, 575 pp.) in un'impresa che, solo in parte, è riconducibile ad una esclusiva trattazione artistica. E, del resto, un profilo marcatamente accademico o esente da implicazioni storico-politiche sarebbe stato quantomeno inadempiente rispetto alla corrusca fama del saggista australiano che ha recentemente dato alle stampe il provocatorio *The Culture of Complaint*. Né deve trarre in inganno l'anno di pubblicazione che collocherebbe editorialmente il lavoro nel *mare magnum* delle iniziative collaterali all'ormai mitico anno olimpico o all'epocale quinto centenario: il lavoro di

Hughes, benché delineato «as a companion for visitors to the city» (p. IX), è stato pensato nel 1987 come resoconto sul periodo “modernista”, dilatandosi presto nella visione complessiva ed articolata del saggio. Esso costituisce dunque assai più di una guida generosa e dichiaratamente meno di uno studio “universitario”: «this is not intended to be, in any sense, a “scholarly” work. It is a general introduction. It is written from secondary sources and makes no claim to academic rigor, though I have made every effort to get the facts right» (pp. X-XI). Un lavoro di sintesi da cui chiaramente non mancano spunti originali e posizioni anticonformiste. Si formulano riserve, per esempio, nei confronti di alcuni consacrati prodigi dell’architettura catalana: la Sagrada Família — al di là del grande valore ascrivito ad altri manufatti di Gaudí — è per Hughes quello che era a suo tempo per d’Ors, vale a dire «a grotesque, overwrought mess» (pp. 536-7);

Bofill è invece accusato di progettare edifici poco rispettosi dell’ergonomia che diventano presto dei fatiscanti falansteri, ispirati sovente ad un «coarsely scenographic style, a parody of neoclassicism» (p. 52). La Barcellona modernista viene comunque descritta senza far ricorso a facili luoghi comuni, in una costante attenzione delle interazioni tra arte e politica, care al critico di Sydney (recentemente intervenuto in merito anche ne “La Rivista dei Libri”, settembre 1992, pp. 22-27, articolo peraltro incluso nella recente raccolta di saggi citata all’inizio): non a caso numerosi degli architetti modernisti catalani erano anche autorevoli dirigenti politici di area borghese-nazionalista (Puig i Cadafalch e Domènech i Montaner, di cui illustriamo brevemente il volume di scritti politici in altra parte di questa rivista). Il successo delle opere di Wagner a Barcellona va pure interpretato come l’irruenta manifestazione di un’estetica nazionalista («Fern - fern ist meine Heimat», canta Kundry nel Parsifal wagneriano); il desiderio di creare un mito dell’identità nazionale che si prefigura nelle gotiche plaghe silvestri di Montsalvat, luogo dell’eroe del Graal: la Catalogna era la Spagna di Wagner (p. 454). Le formulazioni urbanistiche di Ildefons Cerdà, meditate e realizzabili utopie ugualitaristiche, che trionfano, nonostante il parere contrario della municipalità barcellonaese, sulla cristallizzazione delle classi sociali all’interno del tessuto urbano presente nella proposta di piano regolatore elaborata da Antoni Rovira: “utopia” realizzata a partire dal 1859 che suscitò le aspre critiche, bene illustrate da Hughes, di Puig i Cadafalch che accusò il progetto di basarsi su formule aprioristiche tendenti ad accreditare la sensazione di essere tutti uguali e di vivere in condizioni residenziali di assoluta parità: questo lo scopo dei monotoni isolati disposti a scacchiera, solcati da vie esattamente identiche. In realtà il “filoperalismo” progettuale di Cerdà poteva essere interpretato, e così accadde, come metafora anticentralistica: mentre infatti il piano di Rovira era strutturato su una raggiera viaria convergente su un centro geometrico, quello di Cerdà presentava una strutturazione a fuochi diffusi in cui difficilmente una singola piazza avrebbe potuto prevalere come “centro” urbano, almeno sulla carta (cfr. I. Cerdà, *Teoria generale dell’urbanizzazione*, Milano, Jaca Book, 1985, pp. 36, 201, 210). Ma le utopie erano di casa nella Barcellona di metà Ottocento: Hughes accorda a queste la giusta rilevanza. In realtà, nella capitale catalana, esse appaiono sempre accompagna-

te da qualche concreta realizzazione: è il caso degli “icariani” di Narcís Monturiol. Se in Francia le idee di Étienne Cabet, espresse nell’opera *Voyage en Icarie*, non ebbero praticamente seguito, esse trovarono a Barcellona un fertile terreno. È infatti lo stesso Monturiol — più tardi pioniere della navigazione sottomarina — a tradurre in spagnolo, insieme a F. J. Orellana, l’opera di Cabet (1848) e a farsi promotore di un movimento per la fratellanza universale, per la parità uomo-donna, per i diritti dei lavoratori e la libertà di associazione in sindacato, per l’educazione e la cultura. Dopo il fallimento di Icaria, cui diedero vita in America alcuni seguaci del movimento, Monturiol si dedicò allo studio della navigazione subacquea: se si credeva nel progresso dell’umanità attraverso la cultura, si doveva contribuire a far avanzare le frontiere della scienza e della tecnica. Nonostante comunque l’interesse per la figura di Monturiol, recentemente ravvivato da un film di F. Bellmunt, non ci sono solidi studi su questa corrente utopistica la cui maggiore eredità appare legata all’odierna toponomastica del villaggio olimpico barcellonese: in un’area molto prossima a questa, a metà dello scorso secolo, Monturiol aveva cominciato a diffondere il pensiero di Cabet tramite la pubblicazione di riviste e fogli propagandistici che, se incontrarono allora l’ostilità della censura, non sembrano aver trovato oggi l’attenzione degli studiosi. Eppure Monturiol era uomo di ingegno e di idee. Sarebbe assai fruttuoso verificare in concreto il percorso di certe nozioni che dall’utopia politica si tradussero in realizzazione urbanistica: «This Cabetian city of equal cells is the ideological ancestor of Cerdà’s grid. Cerdà thought of each block in that grid as representing a social cross section, with menestrals and bourgeois, the merchant and the baker and the candlestick maker, all living next one to another: there would be (...) no hierarchy» (p. 279). Pensare poi all’intreccio di questo sistema, sia pure solo a livello di ipotesi percorribile, con quello espresso da Proudhon (e dal federalismo pimargalliano) e dai successivi movimenti anarcosindacalisti, rappresenterebbe l’obiettivo di uno studio di ingente portata a cui il volume di Hughes, in un eventuale aggiornamento, potrebbe attingere. La bibliografia che chiude l’opera di cui ci occupiamo è ricca ed articolata anche se, ovviamente, pensata per un lettore di lingua inglese: in questo senso mi ha sorpreso l’assenza dei libri di Jan Read *The Catalans*, pubblicato da Faber & Faber, e di Alastair Boyd, *The Essence of Catalonia*, uscito presso l’editore Muchnik, non tanto per quella completezza a cui è difficile pervenire, quanto piuttosto per il contenuto di tali volumi che palesano l’approccio “anglosassone” all’argomento. La traduzione dello scritto di Hughes nella nostra lingua potrebbe costituire un valido strumento per il lettore italiano. Andrebbe infatti ad integrare l’assai più stringato ed impressionistico *Omaggio a Barcellona* di Colm Tóibín (pubblicato in italiano da Serra e Riva nel 1991), che rappresenta comunque un’eccezione nell’angusto panorama editoriale italiano dedicato alla metropoli catalana.

Patrizio Rigobon

Ramón Mercader visto da vicino

Yo sabía que Ramón estaba trabajando para el Nkvd, para el espionaje soviético. Eso sí lo sabía. Pero en estas cosas rige una ley importante que no se debe olvidar: “Cuanto menos sepas, más seguro vivirás”. De modo que yo nunca intenté saber más de lo estrictamente necesario. Hasta tal punto que más tarde, cuando Ramón ya había salido de la cárcel y estaba en Moscú, nunca me atreví a hacerle preguntas directas porque me temía que si llegaba a saber demasiado no me dejarían salir jamás de la Unión Soviética. Y todos nosotros, los españoles emigrados a la Urss, siempre hemos pensado en nuestro regreso a España.

Queste parole (pp. 19-20) ci dicono come vanno lette le memorie consegnate in *Ramón Mercader mi hermano* da Luis Mercader e Germán Sánchez, in collaborazione con Rafael Llanos, Espasa Calpe, Madrid, 1990 (296 pp.); non è qui che troveremo “la verità” sull’assassinio di Trockij.

Il volume è un frutto del ritorno degli emigrati della guerra civile reso massicciamente possibile dalla morte di Franco e dalla conseguente liberalizzazione politica in Spagna; sulla portata di questo evento, che ha consentito a molti profughi e/o ai loro figli di riallacciare i fili spezzati della memoria, sarebbe ormai necessario avviare un bilancio; e questo libro costituirebbe un caso significativo. Preziosi i dati informativi, i materiali epistolari e fotografici addotti, che risuscitano, anche se da un versante soggettivo e sicuramente parziale, un vissuto che nessuna asettica e sicuramente più oggettiva ricostruzione storica potrà mai riprodurre.

Il libro prese origine da un’intervista del giornalista Germán Sánchez a Luis Mercader in vista di un documentario per la Televisión Española sulla vita di Ramón Mercader. L’intervista, incominciata il 7 luglio 1989, terminò soltanto verso la metà di aprile 1990: l’occasione realizzava un proposito autobiografico già altre volte accarezzato da Luis Mercader, ma poi per diverse ragioni abbandonato. Iniziata con esitazione, nel timore di ritorsioni dall’Unione Sovietica, prese una piega più rilassata man mano che il movimento di autodeterminazione dei paesi dell’Est ed il processo di revisione storica interno all’Urss portò quella liberalizzazione politica e istituzionale che solo ora (ottobre 1993) sembra temporaneamente arrestata dall’involuzione conseguente ai morti di Mosca.

Malgrado sia uscito nella collana “Biografías Espasa-Nuestro tiempo”, non vuole essere una biografia di Ramón Mercader: è invece un contributo autobiografico di primaria importanza che dà voce diretta e viva palpazione a figure finora ingessate nella crosta del mito o appannate dalla labilità, sempre ipotetica, di una ricostruzione storica in cui si sono incrociate e contrastate miriadi di indagini e di studi.

Nel confezionarlo, Sánchez ha limitato al massimo l’integrazione delle affermazioni di Luis Mercader con le versioni di altri testimoni viventi, ed ha registrato solo occasionalmente in nota i risultati del vaglio storiografico su circostanze e personaggi che parteciparono in vario modo all’assassinio di Trockij.

Il libro, così impostato, risulta un contributo dal valore essenzialmente testimoniale: con la sua lucida razionalità e concretezza, con i suoi ritorni indietro e balzi in avanti, con le sue lacune informative e con il suo «sapere troppo» (p. 85), la memoria di Luis Mercader, errando non oziosamente nel passato personale e familiare, ci offre particolari illuminanti da cui è possibile finalmente cogliere quel *milieu* assolutamente inedito in cui poté incubarsi uno degli eventi più drammatici del nostro secolo; quella realtà socioeconomica e psicologica che, in una Spagna che conservava le tracce dolorose e frivole di un non dimenticato passato coloniale, vide rampolli della borghesia imprenditoriale catalana strappati con violenza alla tranquilla routine cui sembravano destinati, infine catapultati nell'orizzonte ignoto del socialismo reale e destinati a missioni cruciali, quale fu, appunto, l'uccisione di Trockij.

Causa di quel distacco violento e fatale fu la madre dei Mercader, Caridad del Rio, una personalità magnetica e avventurosa, instabile e prepotente («una mandona caprichosa y una dictadora» l'avrebbe definita post eventum Ramón Mercader, p. 199): prima legata agli ambienti anarchici, entrò poi nei ranghi del Partito comunista spagnolo, quindi rimase definitivamente vincolata da stretta collaborazione ai servizi segreti sovietici: terreno in cui raggiunse posizione di grande rilievo, pari solo a Dolores Ibárruri (la Pasionaria), con la quale ebbe sempre un rapporto di incompatibilità e forse di rivalità (p. 109).

Separatasi prima del 1925 dal marito Pablo Mercader Marina, a cui aveva dato cinque figli, Caridad viene presa durante la guerra civile nel vortice dell'impegno politico e militare in cui attira i figli, primo fra tutti Ramón, e in diverso grado gli altri, tra cui Pablo, che muore a Brunete il 3 gennaio 1937. Luis, ancora adolescente, impegnato ora in Spagna in attività militari ora in Francia negli studi, in cui emerge, e che segneranno per sempre la sua esistenza. Alla morte di Pablo, Luis, sollecitato dalla madre, decide di stare con lei; scelta prematura che si rimprovererà per tutta la vita:

Estoy convencido de que fue el peor pecado que cometí en mi vida: abandonar a mi padre para irme a vivir con mi madre. Pero yo era un niño y no comprendía. Estábamos en guerra. Ellos — mi madre, Ramón y Pablo — estaban en la lucha. El país entero se hallaba en lucha. En aquellas circunstancias mi padre era un simple ciudadano ajeno a lo que ocurría alrededor. Por el contrario, ellos eran unos héroes. Seguramente fue eso lo que me sedujo (...). Era un niño: tenía trece años... Nunca más volví a ver a mi padre (p. 46).

Il ricordo dei continui spostamenti, a cui lui e i fratelli furono sottoposti fin da piccoli, spiega come fu possibile quella conoscenza capillare delle lingue straniere che fece di loro dei soggetti ideali per l'utilizzazione da parte dei servizi segreti.

Luis Mercader ci dà notizie di prima mano, dal punto di osservazione per noi inedito della frequentazione amicale e familiare, di personaggi demonizzati dalla pubblicistica occidentale per l'attività svolta nello spionaggio sovietico, come Ernö Gerö, Aleksandr Orlov e soprattutto Leonid Aleksandrovic Etingon, noto come Kotov; ed anche di esponenti dell'intellettualità combattente che rimasero poi variamente attivi in Messico, come Bergamin e Siqueiros (quest'ultimo autore del primo fallito attentato a Trockij).

La rievocazione dell'esistenza agitata della madre, iniziata negli anni Venti alla droga, alla politica e alla violenza, aiuta a spiegare come il figlio Ramón avesse imboccato la strada di un'obbedienza cieca all'utopia politica e di una mostruosa confidenza con il crimine.

Pur non condividendo l'impostazione per così dire dietrologica dei libri di Julián Gorkin, Luis Mercader finisce indirettamente per confermare la situazione "dannata" in cui questi ritrasse sua madre mentre confidava a Enrique Castro: «He hecho de Ramón un asesino (...). De mi pobre Luis un rehén, y de mis otros dos hijos unas puras ruinas» (p. 109 n.).

E accetta quanto Gorkin scrive a proposito dei piani architettati dall'Nkvd per fare uscire Ramón dal carcere messicano dopo il delitto. Piani che l'isteria della madre, intenzionata ad aiutarlo, mandò disastrosamente all'aria:

Según Ramón, todo estaba organizado para que saliera de la cárcel al cabo del cuarto año; pero llegó nuestra madre y organizó tales escándalos que lo estropeó todo. Esto es tan serio como paradójico. En palabras de Ramón: "Tuve que pasar dieciséis años de cárcel por su culpa". Ramón nunca se lo perdonó.

Considerando la singolarità del fatto che sua madre visse in Unione Sovietica solo quattro anni (dal 1940 al 1944), Luis estende acutamente l'osservazione alla gran parte degli spagnoli emigrati, in cui riconosce la stessa sindrome:

Nunca comprendí cómo una persona puede ser tan irracional que, siendo comunista, fanáticamente comunista, creyendo en Stalin con los ojos cerrados, nunca quisiera adaptarse a la vida en la Unión Soviética, hasta el extremo de que se marchó para no volver.

Mi madre fue una de los muchos españoles que vivió esa paradoja (...). Ella decía francamente que no le gustaba la manera de ser de los rusos, que no se encontraba bien allí y que quería irse. Se justificaba diciendo: "Yo sólo sirvo para destruir el capitalismo, pero no sirvo para construir el comunismo" (p. 139).

Sul vissuto in Unione Sovietica ci sono pagine di enorme interesse: dal tono sempre sorvegliato usato da Luis Mercader risulta forse ancor più mostruoso il tributo chiesto da quel paese ai suoi "eroi" e rifugiati, in termini di sofferenza materiale e spirituale, di rinuncia alla dignità personale, di diffidenza, sospetto e paura.

Sull'uccisione di Trockij, Luis racconta la versione avutane dal fratello («Yo creo que si Ramón me contó esto es que fue así. Aunque no puedo demostrarlo» p. 81). Etingon, a cui Stalin aveva affidato l'incarico di uccidere Trockij, aveva visto fallire ad uno ad uno i piani di volta in volta progettati a quello scopo. Ramón, che era stato destinato ad un ruolo di sorveglianza ed informazione su

quanto avveniva all'interno del bunker di Trockij, vedendo Etingon disperato, gli avrebbe detto: «No te preocupes, lo haré yo» (p. 81).

Quizá la mejor prueba de que toda la versión de Ramón era verdad es lo mal que lo hizo. Si hubiera sido entrenado para matarle, como se ha escrito por ahí, lo habría hecho mucho mejor (p. 82).

Luis Mercader respinge le voci secondo cui Ramón esegui il delitto perché «tenevano prigioniera» sua madre, o perché la madre lo «obbligò» a commettere l'assassinio:

Mi madre, es decir, su madre, estaba con Eytngón en un coche, a 100 m de la puerta de la residencia de Trotsky, esperando a que Ramón saliera para recogerlo y escapar. Ellos estaban seguros de que saldría. Todos se quedaron sorprendidos con lo que pasó. Nadie se esperaba, con la fuerza que tenía Ramón, que dándole un golpe en el cráneo con el zapapico, el hombre no perdiera al menos el conocimiento. Entonces él habría salido tranquilamente. Pero la reacción de Trotsky fue desconcertante (pp. 84-85).

Nega inoltre attendibilità alla vulgata, pure risalente a Gorkin, che ci fosse una relazione tra Etingon e sua madre.

Del fratello Ramón, Luis traccia una parabola ancor più tragica di quel che ci potessimo aspettare: destinato, dopo il delitto e il carcere, a rimanere per sempre *hot potato* (p. 170) benché pluridecorato dall'Unione Sovietica, chiede il permesso di trasferirsi a Cuba. Ma il Kgb, che in un primo momento glielo rifiuta, in un'occasione celebrativa gli regala un orologio d'oro con la scritta «all'eroe dell'Unione Sovietica». Il cancro che da quel momento s'insedia nel suo apparato osseo, a partire dal braccio sinistro e «in assenza di cellule cancerose», fa nascere in Luis il sospetto, mai confermato, di un avvelenamento radioattivo.

A settantanni, Luis Mercader, dopo aver finalmente lasciato nel 1978 l'Unione Sovietica, in cui pure godeva di una posizione sociale e professionale di un certo prestigio, dopo essersi piegato agli incredibili adattamenti richiesti dalla giovane società e dalla vecchia burocrazia spagnola (per cui, subito dopo avere ottenuto con fatica un posto all'Università, è stato messo immediatamente in pensione), guarda al proprio passato con l'amaro e pur misurato disincanto della persona che ha dato il meglio di sé dovunque si è trovata, ma che, per forza di cose, è stata molto più passiva che attiva, avendo, in ogni caso, dato molto più di quanto abbia ricevuto.

Da questo vissuto tragicamente compresso tra il dispotismo domestico e quello politico, ci giunge forte un monito contro «intolerancia y fanatismo: los más horribles defectos del género humano» (p. 86).

Donatella Pini Moro

La casualità delle letture fa sì che, a volte, s'incrocino libri tra sé distanti per origini e destinazioni, e che, del tutto ignari l'uno dell'altro, finiscono, per accostamento fortuito, col rivelare singolari analogie.

È quanto si ricava dalla giustapposizione di due recenti romanzi, l'uno spagnolo, l'altro italiano, che sembrano stranamente richiamarsi in speculari tematiche e curiose affinità, che invitano alla riflessione.

Due comunità contadine, geograficamente lontanissime e storicamente ben definite, sono dolorosamente evocate nel loro chiuso e rituale svolgersi, nella loro rassicurante ma insieme asfissiante immobilità di civiltà che, apparentemente immote, in realtà allevano in sé i germi del proprio dissolvimento. Esso avverrà con una duplice catastrofe naturale, più lenta e progressiva l'una, più repentina e imprevedibile (?) l'altra. Ambedue, in ogni caso, segnano un limite, una soglia: niente, dopo, sarà più come prima.

Julio Llamazares, giovane e brillante esponente della nuova letteratura spagnola (è autore di volumi di poesie e di saggi, oltre che di romanzi) è figlio di un luogo che non c'è più: Vegamián, un «villaggio leonese nel quale fece in tempo a nascere prima che venisse sommerso da un lago artificiale», come ricorda il curatore della traduzione einaudiana, Pier Luigi Crovetto (J. Llamazares, *La pioggia gialla*, Torino, Einaudi, 1993, pp. 151, p. 149).

Anche Ainielle, il luogo del romanzo, è un paese che scompare, insieme con il suo ultimo abitante. Licia Giaquinto, al suo primo romanzo (*Fa così anche il lupo*, Milano, Feltrinelli, 1993, 126 pp.), dopo precedenti prove letterarie, è a sua volta figlia di una terra, l'Irpinia, che ha perso la sua identità con il terremoto dell'80.

L'aspra terra dei lupi, al cui antico etimo si deve il nome della provincia, è «oggi devastata da sciacalli» (epigrafe dell'Autrice).

L'altrove è perciò l'habitat di chi racconta.

Due sradicamenti, allora, due spaesamenti, sono all'origine dei romanzi. «Il luogo che non c'è» diventa, così, il luogo della memoria e lo spazio narratologico per eccellenza. Essendo vuoto, lo si può riempire di altro, di tutto, o di niente.

L'estrema concretezza geografica (toponomasticamente ossessiva in Llamazares, più allusiva in Giaquinto) slitta impercettibilmente (come le slavine che dai monti irpini o da quelli pirenaici scendono a valle) verso una sempre più marcata perdita di confini

E i confini non sono più soltanto quelli che gli Autori si ostinano a ricollocare al loro posto, ma sono quelli che separano il vissuto dall'immaginato, la storicità dalla leggenda, la vita dalla morte.

Prima confusamente, svogliatamente accettato, poi fideisticamente evocato, il mito irrompe nel reale, scavalcando i limiti e frantumandone i confini. La comunità contadina, immobile per definizione, o per condanna, spiega i fenomeni naturali per analogia. Nel pensiero primitivo tutto è animato, causale e causato: se le ginocchia si riempiono di porri è perché ci si è seduti su una sedia lasciata fuori di notte e contaminata da una strega (Giaquinto, pp. 52-53); e se certi funghi sono particolarmente grassi e veloci nello spuntare, è perché sono cresciuti sui cadaveri, «perché hanno succhiato il sangue marcio dei morti» (ivi, p. 111). Con tali premesse, l'esorcismo sostituisce, in medicina, prevenzione e profilassi, e al povero medico del paese tocca subire la superiorità della fattucchiera, laureata da comprovate guarigioni.

C'è, nel microcosmo contadino e montanaro descritto dai due romanzi, un che di maligno, di reciprocamente ostile fra i suoi membri, che ne fa una comunità forzatamente coesa, tenuta assieme da vincoli rituali e da ipocrisie sentimentali, in cui «chi scrive», il soggetto narrante e insieme narrato, si dibatte a disagio, segnato dalla propria diversità.

La bambina irpina sconta nelle cattiverie dei compagni di giochi l'irregolarità del suo nucleo familiare: un padre «posseduto da Satana» (in realtà sfacciatamente anticlericale e beatamente donnaiolo), una madre non congiunta a lui dal sacro vincolo del matrimonio, e perciò condannata a perdere l'uno dopo l'altro i piccoli che mette al mondo, un nonno ubriacone e sedotto dalla «janara».

L'Andrés di Llamazares è condannato alla morte più atroce, una morte che si prolunga in un'angoscia di dieci anni. Anni di solitudine assoluta, di silenzio ossessivo rotto solo dai guaiti della cagna, compagna fedele delle lunghe notti, gelate dalla neve e dalla paura.

Lo condannano la sua diversità, la sua ostinata volontà di restare custode di un paese abbandonato, che va in rovina e crolla a poco a poco. Come un Sisifo impotente, il vecchio puntella travi, ripara argini, riassetta gli orti, spala metri di neve, e, come un altro cane, fa la guardia a quei sepolcri. Ma a nulla valgono i suoi sforzi: le erbacce e i rovi sgretolano i muri, l'umidità e i venti fanno crollare i tetti delle case, le serpi fanno il nido nei letti vuoti. E soprattutto, annunciata da presenze inquietanti, si fa strada la morte.

Anticipata dal suicidio della moglie (che va a impiccarsi fra i ruderi del mulino), a ritmi lenti, con mute cadenze d'addio, la morte invia i suoi araldi (gli «araldos negros» di Vallejo), tristi, consunti fantasmi di antichi abitatori di quelle stanze, che la sera fanno circolo intorno al fuoco, in muta attesa del prossimo compagno di viaggio.

Come nello splendido racconto di Julio Cortázar, *Casa tomada*, lo «Unheimlich» si insinua in ciò che è noto, familiare, e lo deforma, lo rende altro, «perturbante».

Ma in queste sfere che si fondono, e si confondono — la vita morte, il reale sognato, il vero falso — tutto viene riconosciuto e fatto abito, costume; anche la morte si fa compagna, diventa solo «una abitudine ulteriore» (Llamazares, p. 50).

I morti e i vivi sono prolungamento gli uni degli altri, e inutili sono i tentativi di distanziarli: nella tetra casa di Ainielle, già molti anni prima che il suo ultimo sopravvissuto restasse solo, la stanza sbarrata della figlioletta morta d'asma si animava ogni sera di un brusio lamentoso. Ora, nella cucina silenziosa, l'ombra della madre sta attenta ad attizzare il fuoco per il vecchio figlio.

Non tutte le presenze sono però così rassicuranti; l'apparizione della vecchia bruciata da un lontano incendio, che va ripetendo la sua atroce litania: «Acqua, acqua... e poi, finitemi...!» (Llamazares, p. 115), è puro terrore.

Così come gli agghiacciati dal terrore sono i paesani alle cui porte bussa, senza ottenere risposta, la Morta, con i suoi brandelli di viso sfigurati dal fuoco (anche qui!): «Nessuno apriva. Ma già solo il suo bussare creava la disperazione. Qualcuno in quella casa sarebbe morto o si sarebbe ammalato gravemente in breve tempo» (Gianquinto, p. 27).

Bisogna tenersi buoni i morti, o i loro ambasciatori. Portando loro del cibo, per esempio, o facendo benedire la casa. Non quella della bambina del peccato però, lì il prete non ci va a Pasqua, nonostante la mamma si affanni a tirarla a lucido e a esporre i suoi pizzi più belli. La religione qui è solo condanna, martirio, espiazione. Nel libro spagnolo, invece, è semplicemente assente. La chiesa del paese è uno scheletro vuoto, come tutto il resto, e la campana non suona più da un tempo infinito.

Nel vuoto che lo avvolge, l'uomo cerca conforto nel tepore del proprio corpo trasmesso alle lenzuola, la bambina nella litania esoreistica d'una preghiera.

Le età estreme della vita, la vecchiaia e l'infanzia, sono le protagoniste dei due libri. Analogamente fragili, emotive, estranee. Prossime a mutarsi in altro, a non essere più. Identicamente scelte ad abitare un luogo che non c'è. A osare, esse sole, di superare le soglie: la soglia dell'ineffabile, dell'indicibile ("dire" il silenzio, "dire" la voce dei morti), la soglia dell'inattuabile ("fare" contro gli altri, contro i codici).

Il libro di Llamazares si chiude, circolarmente perfetto, con le stesse parole del brano che l'avevano aperto; quello della Gianquinto, un po' bruscamente e forse con un che di enfasi retorica, con il "big bang" del terremoto.

Da tutti e due usciamo un po' più separati dalla vita, un po' più riconcilia con essa.

Carla Perugini